había un lazo entre ellas y nadie tenía el poder de destruirlo.

Estendió los brazos hacia el hotel de Breville, y dijo:

—¡Estará ahí! Magdalena me quiere, vendrá en mi ayuda... ¡Juana vive!... ¡Es feliz!... ¡Es rica!... ¡La veré y quién sabe! ¡Quizás obtenga su perdón!... Pero á la otra, á mi querida Raimunda, ¿quién me la devolverá?

TERCERA PARTE

SIN PIEDAD

I

A la vista del Havre.

La Bretaña terminaba su travesía. Unas cuantas horas más y desembarcaría á los pasajeros en tierra francesa.

El inmenso barco andaba sus quince nudos sobre un mar de aceite, completamente sembrado de barquitas de pesca, que parecian estar ancladas de tan escaso como era el viento.

El comandante, teniente de navío, uno de los oficiales más jóvenes de la Legión de Honor y seguramente uno de los más valientes, preguntó á una joven que se hallaba de pié á su lado, cerca del puente:

—Vamos á ver, señorita Juana, ¿no os late el corazón?

—Sí, comandante.

—¿Os marchastéis de Francia siendo joven?

—Cuando tenía tres años y medio.

—¿Y no habíais vuelto nunca?

—Sí, una vez.

—¿Hace muchos años?

—Unos cuantos solamente.

—Dentro de breves instantes veréis la costa... Casi creo que... si... mirad... allá en la bruma...

—Si, se ve algo; pero muy confuso...

—Son las rocas de Calvadós.

La joven se volvió hacia uno de los pasajeros, que á algunos pasos de ella tenía los ojos fijos en aquel punto, casi invisible, y le dijo:

—¡Eh, barón! ahí tenéis vuestro país.

En el mismo instante, una voz cascada, que parecía salir de un sótano, y que se acompañaba al piano ya desafinado por los asaltos de ocho días de travesía, gimió la célebre canción inglesa:

Home sweet home.

—Que el demonio cargue con esa bruja,—dijo un anciano de espesa barba, cortada, según la moda de Kentucky.—Solo las mujeres inglesas son capaces de repetir tantas veces una canción tan necia. Si esa estúpida lady no nos ha cantado sus quinientas veces tan fátua canción desde Broocklin á aquí, consentía que me llevase el demonio.

—Tranquilizaos—dijo sencillamente el comandante,—dentro de poco dejaréis de oirla.

—¿Nos acercamos?

El comandante sacó el reloj.

—Dentro de cincuenta minutos estaréis en tierra.

Eran las seis de la tarde.

El sol se escondía por el horizonte, coloreando el cielo de un color de sangre.

La sirena del vapor dejó escapar un terrible rugido.

Las lanchas iban haciéndose cada vez más numerosas á su alrededor, y una niebla ligera se levantaba de la superficie de las agnas.

El barón Panel se acercó á su amiga, cuyas miradas permanecieron obstinadamente fijas en la tierra que trataba de distinguir.

—Pronto tendremos que separarnos Juana,—dijo con voz que trataba, aunque inútilmente, de hacer firme.

—¡Oh! aun no... puesto que nos esperan en París... en casa de vuestro amigo...

—¡Breville!

—Se marcha de sus posesiones nada más que por salir á recibirnos... Estaremos en su casa unos ocho días...

—Que pasarán en seguida.

—¿Y después?

—Después nos separaremos.

—Iréis á vuestra Normandía á ver á vuestros amigos...

—Y vos, Juana, á los vuestros en la Nievre.

—¡Mis amigos!—dijo la joven encogiéndose de hombros.—Demasiado sabeis que no conozco á nadie... No he oido hablar casi nunca del país donde he nacido... No he recibido nunca ni una carta de allí..

La joven añadió con una sonrisa:

—Toda mi familia, todos mis conocimientos son el señor baron de Panel y Fremon; agreguemos á mi padre y tendreis mi universo en tres personas... una trinidad.

—Mirad—dijo Fremon—aquí viene vuestro padre.

Y añadió más bajo:

—La travesía no le ha sentado bien.

En efecto, exceptuando á Juana y al baron, la travesia habia sentado mal á todos los pasajeres de *La Bretaña*, ó al menos para los que regresaban de Panel-Ranch.

A medida que se acercaba el término del viaje, el baron se iba poniendo más pensativo y silencioso.

No era, ciertamente, tristeza lo que podia notarse en él, era sencillamente una especie de melancolía, que era muy visible á pesar de los esfuerzos que hacia por disimularla.

¿De donde procedia?

Nadie lo sabia; quizás nadie lo habia notado á excepción de la joven que gozaba mortificando á su amigo, á su maestro, á aquel que habia sido su verdadero tutor, con mil preguntas sobre sus sentimientos, sus proyectos y sus esperanzas.

El la contestaba siempre con el mismo humor y con una dulzura inalterable.

Sí; ¡pero cuando se quedaba solo!

Entonces su discipula le examinaba y le contemplaba y se decía:

—El pobre hombre ha hecho por mí un gran sacrificio.

Y maliciosamente añadía, hablandose á sí misma:

—Lo peor va á ser el momento de la separación.

En Francia seria preciso que cada cual tuviese su casa, el *home* de que hablaba en sus canciones la *bruja inglesa*.

Adios la vida común, las conversaciones de las veladas, los paseos del dia, las comidas que

reunian á los cuatro amigos si por casualidad estaban separados algunas horas.

Esto era lo único que sentia.

¡Pobre hombre!

Y sin embargo, no dejaba escapar ni la menor queja.

¿Pero necesitaba hablar?

¿No le comprendia ella con un signo, con un movimiento, con una mirada, con una arruga de su frente, pues no en balde habian vivido tantos años juntos?

Sin embargo, aquel cambio tan dificil de notar, no era nada comparado con el que su padre habia experimentado.

En Panel-Ranch su carácter era sombrío, pero desde que se habian embarcado se habia vuelto feroz.

Desde que salieron de Nueva York iba adquiriendo su rostro de dia en dia una expresión más alarmante.

Juana hubiera podido suponer que estaba bajo el peso de los remordimientos, como si el recuerdo de una mala acción olvidada, se hubiese despertado de repente en él.

Cuando se hallaba con sus amigos, trataba de ocultar su preocupación, pero en cuanto que le dejaban volvia á sumirse en su melancolía, lo mismo que le ocurria al barón, con la sola diferencia que parecía más irritable, más furioso por el esfuerzo que tenía que hacer por disimular.

Juana les engañaba á los dos.

Debian suponerla distraida, despreocupada; habia hecho muchos conocimientos á bordo, con la libertad de las americanas, cuyas cos-

tumbres había adquirido, y sin embargo lo veia todo.

Llegaba la noche.

Poco á poco el cielo fué cambiando su color rojo por un azul violeta, casi negro, que es el color de los zafiros más oscuros.

Las estrellas iban apareciendo en aquel cielo tenebroso y de repente una luz intensa brilló en el horizonte.

—¡El Havre comandante!—exclamó la joven.—Ya llegamos comandante. ¿Esa es la luz del faro?

—Sí, señorita Juana—dijo suspirando de pesar.—Pronto tendremos que separarnos y lo deploro. No volverá á pasar por delante de mis ojos un rostro tan encantador.

—¡Oh! ¡comandante!

—Os lo digo de verdad.

No se engañaba y el elogio nada tenía de excesivo.

Tal y como era la madre á los veinte años, era la hija á la misma edad, seductora, capaz de excitar las pasiones feroces, hermosa hasta el punto de conmover los corazones más firmes.

—Esta es una de esas mujeres por las cuales se mata cualquier hombre, decia el comandante á Panel.

El padre no estaba lejos.

Oyó aquel elogio que para él traducia la verdad.

Pero no pensaba en la hija.

Pensaba en la madre, en la que había llevado su nombre.

—Una de esas mujeres por las cuales se mata cualquier hombre, había dicho el comandante.

Cuanta razón tenía.

Pero una reflexión cruzó por la mente de Juan Redon y añadió entre dientes hablándose á si mismo:

—O á la cual se mata.

Y en seguida una sonrisa amarga crispó sus labios.

Sus manos se crisparon en un movimiento de indignación.

¡Cómo se le ocurría aquello! ¡Había llegado su pasión hasta un extremo tal!

—¡Ah!—exclamó con rabia;—¿por qué he vuelto á este país? ¿Que maldita fatalidad es la que me trae?

Aquello era poco.

Iban á empezar las dificultades para él.

¿Cómo explicaria lo que habia hecho á su hija, á cuyos ojos no podría por menos de brotar la luz en cuanto que pusiera el pie en aquella tierra que veia desde el barco?

¿No sería suficiente un encuentro, una palabra, un indicio cualquiera?

¿Podría ocultarle la verdad mucho tiempo?

Su abuelo, el anciano capitán Tonelie, al cual se habia negado á escribir, ¿viviria aún?

¿Su casa, no lindaba con la Sobajere, que habia comprado para hallarse más cerca de la mujer que ocupaba todos sus pensamientos?

Emocionado, no sabiendo qué partido tomar, se habia apoyado en la barandilla del puente, cuando una mano se posó sobre su hombro, y una voz muy dulce le dijo:

—Papá, dime lo que tienes.

Redon se volvió muy despacio.

Su hija le miró atentamente.

Y como no la contestase, añadió:

—Te aseguro que me tienes preocupada.

—¿Por qué?

—Cualquiera creeria que eres el más desgraciado de los hombres, y sin embargo...

—Debiera alegrarme, estar muy satisfecho...

—¡Claro!

—Somos casi ricos... Todo nos ha salido bien.

—Lo que es muy cierto, y que no admite duda—dijo, muy extrañada por la ironía de sus palabras,—es que no nos podemos quejar.

—¡Justo!...

—Si nos comparáramos con otros emigrantes que hemos conocido, y que han ido á perecer de miseria en esa América, que nos ha dado más que el bienestar, podemos regocijarnos.

Bruscamente preguntó:

—¿Sabes lo que me decían hace un momento?

—¿Quién, tu amigo el barón?

—Sí, seguramente, mi amigo y el tuyo; pero no me refería á él.

—¿Quién entonces?...

—Fremón decía que la travesía te habia sentado muy mal; que no te se conoce... Y tiene razón.

—No sé para qué os ocupais de mí.

—¿Supongo que no irás á quejarte también porque te queramos?

El pobre hombre cambió súbitamente de tono.

—Perdóname, mi querida Juana. Tenéis razón todos. ¡Sí, estoy muy cambiado! Me he vuelto casi malo.

—¡Oh!

—Estoy descontento, inquieto.

—¿Tú, padre?

—Sí, por culpa tuya, hija mía, porque temo perder el cariño que me profesas.

—¡Oh! ¡eso nunca!

Tan espontánea, tan expresiva y tan franca fué esta declaración, que el rostro del desgraciado se animó.

—¿Dices la verdad?—preguntó.

—Después de tanto como has hecho por mí; después de tantas bondades, tantos cuidados... ¿Cesar de amarte yo? ¡Equivale eso á decirme que pueda dejar de querer al barón!

Y añadió sonriendo:

—No, no, no puede ser.

Juan Redon la miró con asiedad.

Era todo lo que le quedaba de cuanto había amado.

No cabía duda que le pertenecía de todo corazón, que era suya.

Le había prodigado incesantemente un afecto leal.

Juan prosiguió:

—¿Juana, me preguntas la causa del cambio que en mi habéis notado?

—Pero...

—Voy á decírtela...

—Me asustas.

—En mi vida hay un secreto.

—¡Un secreto! —repitió con temor.

—Sí un secreto horrible... Si, abandoné la

Francia en otro tiempo, llevándote conmigo cuando eras aún muy pequeñita, tan débil aun, sin saber lo que el porvenir nos reservaba, á riesgo de caer en la miseria como esos emigrantes de quienes hablabas hace un momento, fué porque mi vida había sido destrozada por uno de esos sucesos de los cuales un hombre de corazón no puede consolarse.

—¿Qué dices?

—El misterio que te he ocultado tanto tiempo, te puede ser revelado muy pronto.

—¿Cual es?

Juan titubeó un segundo, después prosiguió:

—Déjame callarlo. ¿Para qué conmoverte, para qué cargarte con una parte de mis pesares?... Lo único que puedo decirte, es que ese secreto no interesa al honor... El mio está intacto... Solo te pido que me prometas, que si tienes una duda, que si una circunstancia, que si una palabra despiertan en tí una inquietud, vayas en seguida á buscarme y me digas: Papá, mira lo que me han dicho, mira lo que he sabido... Y entonces te daré á conocer lo que quisiera que ignorases toda la vida.

Y añadió con los ojos fijos en su hija.

—¿Me haces esa promesa?

—¿Y te tranquilizarás?

—Sí.

—¿Te pondrás alegre?

—Cuanto pueda.

—¿Qué pesares puedes tener?

—He sufrido grandes penas, y mi regreso á Francia abre de nuevo las heridas que el tiempo no ha podido cicatrizar.

—Tus palabras son oscuras—murmuró la joven,—pero haré todo cuanto quieras.

—¿Sin ningún otro pensamiento?

—¿Dudas de tu Juana?

—¡Oh, no!

—Pues bien, padre, queda prometido.

La joven se volvió hacia el barón que se había acercado, y dijo:

—Bueno, señor barón; todo está corriente y todos vamos á quedar contentos.

La sirena lanzó un nuevo rugido que hizo extremecer á la joven.

—¡Demontre!—exclamó el barón—¡vaya con la invención; moderna es, pero poco poética me parece!... Debía ser más bonito el cántico de las sirenas de la antigüedad.

Se iban acercando.

Las luces del Havre y de la costa parecían estar al nivel del agua; nido de astros que eran á las estrellas verdaderas, lo que el diamante amarillo al brillante más claro.

La mayoría de los pasajeros, que no eran numerosos, hallábanse sobre cubierta.

Prodújose á bordo ese movimiento que anuncia la llegada.

La velocidad del gigante fué disminuyendo.

Salieron á su encuentro una infinidad de barcas.

Un vaporcito llevó á bordo lo que se llama la Sanidad.

Pronto se cumplieron todas las formalidades, y poco después *La Bretaña*, arrastrada por un remolcador, como una ballena por un tiburón, pasó por el muelle y por delante de esa multitud de curiosos que asisten siempre

á las entradas y salidas de esos leviatanes del mar.

A las siete y media, Juana se cogió del brazo del barón, dejando á su padre y á Fremon que se ocupasen del equipaje.

Y fresca, elegante, como persona que ha soportado valientemente la travesía, se dirigió á tierra firme y puso en ella el pie con el aplomo de un conquistador que toma posesión de un territorio.

Infinidad de ómnibus y coches esperaban, y los conductores atronaban los oidos con sus gritos:

—¡Un coche!

La joven continuó adelante, diciendo á su compañero:

—Vámonos á pie, señor barón. Es muy grato pisar el suelo de la patria.

Se había decidido en consejo que no se tomaria el tren hasta el día siguiente por la mañana, después de haber pasado la noche en el hotel Frascati.

—Será un poquito mejor y se estará más cómodamente que en el hotel Internacional del coronel Scott—dijo alegremente la joven.

Aspiraba con delicia el aire del país natal.

Se mofaba de los viajeros que acaba de abandonar después de haber vivido durante ocho días con ellos, del clergyman, que hablaba á todas horas de la moralidad de la gran Babilonia, del senador de Washington que queria impedir la entrada de todos los productos de la caduca Europa, á la cual llamaba *old lady* (señora anciana) en la libre América, del filántropo que pretendía regenerar á todos los desheredados del universo, llevándolos á vivir á la sombra de su asquerosa bandera estrellada, y de sus discursos, en los cuales se ridiculizaba con sus anatemas al mundo antiguo, al cual venía á buscar las distracciones que le faltaban en su país.

Y los imitaba riéndose y burlándoss con todo el ímpetu de sus veinte años.

El barón pensaba.

—¡Qué cosa tan hermosa es la juventud! En Frascati ella fué la que se encargó de pedir la cena.

—Que bien se está aquí barón—decia;—que diferencia con la cocina de aquella horrible New-City.

¿Dónde estaba el negrazo sucio que confeccionaba los platos en la más puerca cocina del coronel Scott?

¿Dónde los manteles colorados y el olor á tocino derretido, y donde todos los dolorosos recuerdos de aquella poco afortunada City cuyos habitantes y casas habian desaparecido como una bandada de patos?

—¿De modo—preguntó el baron;—que no echáis de menos nada de cuanto hemos dejado por allí?

—¡Yo!

—Sí, vos; mi querida Juana.

La joven pareció reflexionar.

—No sé qué... ¿Y vos?

—Yo siento las buenas veladas que en el invierno pasabámos sentados junto á la chimenea, nuestras conversaciones, nuestros paseos, nuestra entimidad en una palabra.

—¿Pues qué no podemos seguirla aquí?

—¿En medio de esa agitación, de esa multitud donde estáis llamada á vivir y brillar?

Con ademán autoritario le obligó á callar.

Tenian puesta la mesa en el inmenso comedor, junto á una ventana con vistas al mar.

El blanquísimo mantel, la cristalería y la vajilla formaban un gran contraste con el servicio del coronel Scott.

El menú estaba lleno de promesas. El Champagne se refrescaba entre hielo.

La joven habia querido que el festin dejase un buen recuerdo en los convidados.

Era algo así como un saludo á la patria, una fiesta de bienvenida.

—Vamos á cenar—dijo cogiéndole del brazo, al ver que su padre y Fremont entraban. —Más tarde charlaremos de nuestros pequeños asuntos... Tiempo tenemos.

Juan Redon parecia estar casi alegre.

El baron hizo esta observacion.

—Sí—le contestó Juana.—Le he dicho dos palabritas. ¿No es acaso un deber mio el devolver la tranquilidad y la alegria á los seres queridos?

Animó la cena con su alegria y su gracia.

Ella fué quien hizo las veces de dueña de casa.

Las personas que se hallaban en el comedor no hacian más que mirar hacia aquella mesa.

Fremon, muy contento por respirar el aire de su Normandía, la dijo:

—Casi creo, señorita Juana, que hemos hecho muy bien en volvernos á nuestra tierra. No os faltarán novios.

La joven miró al baron.

Su rostro estaba impasible.

Hasta se sonreia.

Quizás aquella sonrisa era obligada.

—¡Oh, trabajillo me va á costar; pero he de lograrlo!

Y levantando la copa de Champagne, dijo:

—¡A vuestra salud, baron, y porque nuestra dicha sea completa en nuestra querida patria!

Al dia siguiente, á las ocho de la mañana, tomaban todos el rápido de Paris.

II

El marqués de Bordes á la condesa de Busey.

«Querida amiga:

»Recogí vuestra carta ayer en el Círculo, adonde fuí expresamente á buscarla.

»Cuanto más reflexiono, más cruel me parece la conducta del señor Redon.

»Hubiera deseado no pronunciar su nombre, pero las circunstancias me obligan á hacerlo.

»Indudablemente habeis sido poco justa con él, y él ha debido sufrir cruelmente por nuestra falta común.

»Tiene esa disculpa.

»Además, su carácter ha debido agriarse en la vida errante y penosa que ha hecho en el extranjero, y para lo cual ha debido hacer esfuerzos de valor y de energía extraordinarios.

»En una palabra, la costumbre de luchar